

## JORNADA IV

La escena representa los lindos alrededores de la ciudad de México; mas ¿qué diferencia entre el panorama que de ordinario se contempla, ora desde lo alto del alcázar de Chapultepec, ya desde las torres de la catedral ó bien desde los collados de la Villa, y el horrible y desolador paisaje que ahora se observa! Los cerros están yermos y pelones, los caminos escuetos, los sembrados heridos por cortaduras repletas de agua y de lodo; muchísimos soldados de á caballo, carros y trenes de artillería, acémilas cargadas *more militare*, vivanderas, soldados y jefes que vigilan ó examinan el campo, hacen creer que México está sufriendo un apretado y riguroso asedio. Pero si las señales dichas y otras que me callo fueran falibles ó estuviéran destituidas de importancia, atestiguarían bastante la situación de la plaza las muchas trincheras que cortan las calles, lo triste y azarado de la población, los numerosos estafetas y ordenanzas que salen á escape en todas direcciones y el estruendo guerrero que por todas partes se escucha. A veces, como si quisieran los señores militares recordarles á los pacíficos habitantes del poblado que se está en tiempo de sitio, se escuchan disparos de cañón, esquitera de fusil, y no falta pacífico transeunte que caiga redondo con algún tiro en la cabeza. Como si fuera un fenómeno insólito, miran los soldados del bando republicano que custodian una de las garitas de la ciudad la aparición de un carruaje con honores de silla de posta que llega por Chapultepec y Tacubaya, y en lenta gradación, recorre el arco de círculo que le separa de la villa de Guadalupe. Por el rumbo de la hacienda de la Escalera el carruaje se mete bajo unos árboles. De seguro que ese es su destino, ó que por lo menos van á hacer larga estada en aquel punto los ocupantes del forlón, pues, como podéis ver con poco examen, quitan las guarniciones á las mulas, ponen á pastar éstas en una manchita de prado vicioso y bien oliente que descubren con cierta dificultad, los cocheros y sotas se tienden á

la bartola, comen un taco y aun es de creer que luego echen una pestañita de sueño.

Mas ¿qué sucedió con los señores que ocupaban el carrujote? Porque los soldados de un puesto republicano aseguran que en el armatoste caminaban por lo menos un hombre y una mujer, por más señas que iban haciéndose cucamonas y cogidos de sus sendos cuerpos como el muérdago y la encina. Mas lo que no pudieron investigar los soldados republicanos lo averiguaron los imperialistas que custodiaban la garita de Vallejo, que vieron entrar mano entre mano nada menos que á nuestra amiga Josefina Ubiarco y al extranjerillo barbilindo que ahora ejerce de caballero sirviente y á quien ya conocemos porque ha hecho la narración de su vida y aventuras. Cuando más entretenidos caminan, la señora lanza un grito destemplado y estridente, grito de persona que acaba de ver un animal ponzoñoso que trata de acometerla. ¿Se le ha aparecido, acaso, la figura de Aquiles Lapierre, como antaño se le apareció en Roma? ¿ha visto acaso á su padrastro ó ha contemplado acaso la faz bonachona de su marido, el difunto Jecker? No es nada de esto; el secreto de su miedo está en que acaba de mirar cómo sale de una zanja de aguas tranquilas ó de sus cercanías un mozo de cara trigueña, nariz afilada, gran bigote, cuerpo delgado, aunque no muy medrado de estatura, y vestido con traje de cocinero ó de vendedor de legumbres.

## ESCENA PRIMERA

JOSEFINA, RAMÍREZ DE ARELLANO y KIROTZKI, que no habla, pero ejecuta.

JOSEFINA

¡Por Dios, Manuel, que me ha dado usted un gran susto! ¿quién iba á imaginarse que usted saliera de entre el *chichicastle*, como pato hambriento que se oculta de una *armada*?



RAMÍREZ DE ARELLANO

(Que es el que acaba de brotar de la zanja.)

No creía que me desconocieran mis amigos hasta el punto de que...



JOSEFINA

¡Pero si está usted espantoso, verdaderamente espantoso! Es la figura de un perfecto vendedor de *melao bueno*... tome... tome *melao*, niña...

ARELLANO

Pues ya usted lo ve; era necesario, por salvar la pelleja, meterme en ese y otros papeles; pero si se consigue lo importante, que es abogar por los pobres presos y abogar con fruto y con éxito, yo me conformo con parecer la mismísima estampa de la herejía.

JOSEFINA

Para que usted me convenza de que en realidad es el gallardo y arrestado Manuel, dígame cómo se salvó de Querétaro, que ya aguardaba saber que de un día á otro le llevaban al palo como al desgraciado Méndez, á quien, según dicen, delató un sastre jorobado que había recibido un chicotazo del general el día de su entrada á Querétaro.

ARELLANO

Eso tiene todo el cariz de las historietas de la *Moral Práctica*. Méndez pereció porque tuvo la ocurrencia de solicitar las de arriba de los republicanos, que después de ofrecerle montes y maravillas le han de haber dado las muestras de su agradecimiento en la forma de cuatro onzas de plomo. Yo velé la noche del catorce de Mayo,



después que me convencí de que no era posible que aceptara Maximiliano nuestro proyecto de romper el sitio. Desperté á la madrugada, cuando la ciudad era ya de los de Escobedo, y me propuse ocultarme antes de que se me descubriera, pues sabía bien que las promesas republicanas, antes y después de las intimaciones que nos dirigieron, eran tortas y pan pintado. Acababa de caer preso en poder de una partida de Sinaloa, que no me conocía ó ignoraba mi grado. Le hablé al capitán, le hablé al alma, con argumentos tan brillantes como positivos, pues le presenté veinte buenos Maximilianos de oro, y á pesar del odio que mi hombre sentía por el usurpador, su efigie le conmovió de tal manera, que ella, en unión de una repetición de oro y brillantes, arreglaron fácilmente el negocio. Corrí á esconderme en una casa del rumbo de la Alameda, y cántense ustedes que el día del fusilamiento de Méndez, á la hora que los chinacates de la peor ralea (León Ugalde, Fragoso y Cantaritos, entre otros) presenciaban el espectáculo, yo estaba dentro, seguro de que les bastaría dar un paso, hacer la más ligera pesquisa, averiguar lo más mínimo, para que todo quedara descubierto y yo fuera á ocupar el lugar de don Ramón. Luego salí de Querétaro, no sin haber escrito al Emperador ofreciéndole mis servicios y haciéndole saber mi escondite. También se lo dí á conocer á Miramón, que me autorizó para agenciar su fuga ó su gracia. Ahora estoy aquí, ocupado

en ver la marcha de la situación y en dársela á Porfirio Díaz, que de seguro no se malicia quién anda en estas tierras.

JOSEFINA

¿Y qué piensa hacer usted?

ARELLANO

Pienso remover cielo y tierra, pienso ver á quien sea necesario, pienso trabajar como león, como asno, como serpiente, como cerdo, como elefante, para conseguir que esto se remedie, ó que por lo menos se salve Miguel Miramón, mi amigo íntimo, mi compañero de colegio, el único hombre de genio, de talento, de honradez, que anda entre la caterva imperialista, el único general que ha parido esta México republicana que ahora le desconoce y hasta finge ignorarle... En cuanto al güero ese... que le muerda un perro.

JOSEFINA

(Distraída.)

Diga, Manuel, ¿y por dónde vamos á entrar?

ARELLANO

Yo sé muy bien por dónde entraremos, porque lo tengo arreglado de antemano: entraremos por San Cosme, que



es el punto que manda Manuel Díaz de Vega, y para eso esperaremos la llegada de la noche, que es la gran protectora...

(Al llegar aquí ve que los nuevos amantes se acarician en sus barbas, y fingiendo no haberse dado cata de ello, sigue impertérrito.)

de crímenes y desafueros...

#### ESCENA SEGUNDA

Que ocurre en la ciudad de México. Josefina Ubiarco se halla en la casa que en la calle de la cerca de Santo Domingo ocupan Eugenia y los señores Caballeros de los Olivos, sus suegros, pues la muchacha ni por un instante ha querido separarse de ellos. Vosotros que conocéis á la mujer de Miguel decid si no ha mejorado en tercio y quinto. ¡Qué ojos más bellos que esos ojos, qué tez la suya tan nacarada y tan pura, qué boca tan pequeña y tan delicada, y sobre todo, qué cuerpo, urna de amores, recipiente de deleites, muestra de armonía y de primor! Eugenia está más bella que en Michoacán, que en Sinaloa y en todos los lugares á que la ha llevado su vida aventurera y turbulenta. Los viejos se miran en ella, y no consentirían en que les arrebataran á su Génie ni por todo el oro del mundo. Pero bien pagados que se hallan en su cariño don Germán y doña Lorenza, pues la muchacha les quiere como á las niñas de sus ojos, como de seguro — esto no osa confesárselo ni á sí misma — no quiere ni ha querido nunca á la propia Josefina. Sólo hay alguien que tenga todo su cariño y con quien no ha logrado explicarse, á pesar del tiempo transcurrido y de las cartas insensatas que lleva escritas; ese es Miguel, su cónyuge, que ferido de punta de celos cometió la villanía de sospechar de ella y de injuriarla. Por eso reviste su hermoso rostro, que ha merecido ya ser cantado en octavas bermudinas por poetas que se las prometían felices y que han salido con las manos en la cabeza, á pesar de sus liras y de sus arrestos de hombres superiores; reviste, digo, un tenue velo de melancolía y de tristeza que suele hacerle mucho favor. Acaba de abrazar á su madre, y Josefina,

que nunca ha tenido la debilidad de las expansiones cariñosas ni de los desfogues domésticos, se deja querer cuando su hija le hace mil y una carantoñas y le pregunta por su vida y andanzas. Llega Josefina como suele llegar de ordinario á aquella pobre casa, cuando hay conflicto y el mundo entero se encuentra en vilo á causa nada menos de que el pobre don Germán, que no tiene ni ha tenido nunca en qué caerse muerto, ha sido cotizado en quinientos pesos para el pago de la contribución extraordinaria. ¿Qué tendrá que ver la presencia de la dama de honor con las calamidades de tan honradas personas? Imposible decirlo; pero ello es que no llega nunca Josefina por aquellas puertas sin ser nuncio de hambre, peste ó guerra. La escena empieza en el instante que sale Josefina á parlamentar con un conocido nuestro.

Don Leonardo Márquez, Lugarteniente del Imperio, está alojado en el cuartel de Tlaltelolco y no le concede á alma nacida el derecho de hablar con él, pues teme le vayan á estorbar la realización de sus designios y á pedirle gracias y privilegios que no está dispuesto á acordar á nadie.

Cuando le anuncian á la Ubiarco, celebra su presencia con un «¿qué demonios querrá esta vieja intrigante?» dicho entre dientes y que anuncia las disposiciones con que mirará á la ilustre descendiente de los Bracamontes y de los Guzmanes. Al fin, temeroso de que Josefina vaya á comunicar cosas que deben permanecer ocultas, determina recibirla; pero no para concederle nada, ni siquiera para oirla, sino para prevenirle que si algo revela de lo que pasa con el Emperador y los sitiados de Querétaro, la mandará fusilar, pues hígados le sobran para ordenar que le den cuatro tiros á una mujer. En la escena intervienen MÁRQUEZ, JOSEFINA, QUIROGA y un Oficial.

#### JOSEFINA

(Que entra con el desparpajo y la frescura que le conocemos é ignora ó finge ignorar que las cosas no caminan lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles.)

Señor general, buenos días... Dispense que venga á darle un ratito de conversación, pero...